

~CARTA DE RAZA Y SANGRE~

Anna C. Semure

Querido Luis,

Hoy se cumplen cuarenta años desde tu partida, aquel día triste, el de nuestra despedida. El recuerdo de aquella fresca mañana de mayo sigue tan vívido y presente en mi memoria que, cada amanecer, al salir de casa cuando pongo rumbo hacia el redil donde me esperan nuestras ovejas, siempre vuelvo la vista hacia el camino del cementerio, allí, donde te subiste al autocar. Puedo ver con claridad la estampa que la primavera orquestó para dar un aire festivo al día más triste. Había cientos de colores brillantes en las amapolas, azulejos y margaritas de las cunetas, en las resplandecientes hojas de los chopos, en los rayos de sol que ya se vislumbraban anunciando la llegada de un cielo tan azul como el agua de la charca del vecino, donde cazábamos ranas y nos bañábamos cada atardecer. Recuerdo el aroma dulzón de las jaras y las retamas que asomaban por encima de las cortinas de piedra, los cantos de los pájaros siempre madrugadores y los balidos impacientes de las ovejas del señor Agustín, que en paz descansan, esperando apelotonadas detrás de la valla de madera carcomida el momento de salir a pastar. Está todo ahí, cada detalle, cada sensación, y me acompañan en los primeros pasos de cada jornada.

Y hablando de jornadas, dejo el ayer para volver al ahora, porque hoy vengo a contarte lo que ha ocurrido en el pueblo. Fue ayer cuando un hombre y una mujer, ambos muy elegantes y bien plantados, entraron en el salón social a la hora de la partida. Julián, Matías, Rogelio y Edelvino, sentados en la primera mesa, levantaron la vista de las fichas de dominó al escuchar la puerta y se quedaron clavados mirando a la pareja. Los cuatro con ceño fruncido y palillo desafiante en la boca. ¿Quiénes eran? Si estábamos todos allí. Mariana y yo, sentadas en la barra comentando las últimas noticias que le habían llegado desde Madrid, que por fin su hija había ascendido en la empresa para la que trabajaba desde hacía casi veinte años, y en la mesa de la ventana, Tomasa y Carmen ultimando los preparativos para la celebración de los Pendones. Ya sabes que la fiesta está ahí mismo. Cómo la disfrutabas. Cómo te gustaba portar el pendón y pasearlo orgulloso hasta la ermita. Pero ya recordaremos eso la próxima vez que hablamos, ahora me centro en esta cuestión que ha alterado nuestra rutina y a mí me está robando el sueño.

Lo dicho, allí nos encontrábamos, cruzando miradas desconfiadas y sorprendidas hasta que la yunta de desconocidos, que por supuesto había notado nuestra expectación y extrañeza, muy educados, pero precavidos también, se dirigieron a Mariana. Como yo estaba justo al lado de ella pude escuchar perfectamente lo que le dijeron. Eran asesores comerciales de no sé qué empresa energética que trabajaba ofreciendo no sé qué tipo de productos enfocados a dar solución, según ellos y sus palabras, a todos y cada uno de los problemas de las regiones despobladas. Querían concertar una reunión informativa para dar a conocer a los vecinos del pueblo “un proyecto sensacional que devolvería la vida a nuestra tierra olvidada”.

Así lo dijeron, literalmente.

Ya ves. Parecía que no nos iba a tocar, pero al final han tardado bien poco en venir. Aún están humeantes los rescoldos del incendio del verano pasado y ellos ya han recorrido prácticamente toda la comarca vendiendo sus pócimas y milagros. Así que a mí se me revolvieron las tripas y el alma. No pude contenerme, y sabes que soy mujer tranquila y serena, pero por ahí no voy a pasar. No vamos a pasar, aunque nuestros hombres se dejen embaukar por cantos de sirenas, aquí estamos nosotras, para defender todo por lo que tanto hemos luchado. Nuestro pueblo, nuestro entorno, la herencia que nos dejaron nuestros padres, abuelos y tantas generaciones que trabajaron para que podamos tener un terruño del que obtener el sustento, y que ahora debemos proteger para los que vendrán después. Y eso les dije. Me puse en pie, con la seguridad y vehemencia que sembraron en mí nuestros antepasados, y recité, una por una, cada una de las bondades de este pueblo, cada uno de los saberes, oficios y glorias que siguen vivos en nosotras, las que sobrevivimos y que no cejaremos en nuestra cruzada para conseguir revitalizar esta tierra. Nuestra tierra sayaguesa. Nuestro hogar.

Cuando terminé de hablar, Mariana, Carmen y Tomasa se pusieron en pie, junto a mí, frente a ellos, conteniendo la respiración y apretando los puños. Se podía cortar el silencio que al poco se rompió cuando los hombres arrastraron las sillas para levantarse y acercarse a nosotras. Ahí acabó todo. Una escaramuza sin combate, de pocas y consistentes palabras que dejaron claro que este territorio no está disponible para ellos, y que sus gentes, aunque seamos pocas, conservamos en nuestros genes la valentía de aquel que nos precedió, aquel pastor lusitano que veneramos y celebramos cada año con nuestros “viriatos”.

Luis, es triste tener que contarte esto por escrito. Hubiera sido un honor y un orgullo haberte tenido allí, junto a mí, sentirme apoyada, pero ya ves que me valgo sola. Pienso mucho en ti y te echo de menos. Todavía hoy no sé por qué te fuiste. A veces me imagino subiendo contigo en aquel autocar, pero luego miro lo que tengo alrededor y no me arrepiento de mi decisión. Quedarme aquí es lo que debía hacer, cuidar de madre y del legado que ella nos dejó después de una vida de sacrificio absoluto que cargó sola a sus espaldas cuando padre nos dejó. Era lo que me pedía mi raza y mi sangre. Y me voy quedando sola, rodeada de objetos, que es lo único que queda cuando todos os marcháis. Sabes que escribir me consuela y me da aliento y, aún sabiendo que nunca leerás esta carta, siento, aquí sentada sobre tu lápida, donde todo está en silencio, todo está dormido, que me escuchas. Aunque renegaste de tu hogar al que solo volviste para ser enterrado con las nieves de este mes de enero, sé que tu espíritu descansa feliz entre estos muros de granito.

Hermano, una vez más te perdono.

Ahora, espérame, porque aquí nací llorando y aquí moriré luchando.